

# Luces de navidad

Natalia Castro Serna

Ingeniera Geóloga, [natacastroser@gmail.com](mailto:natacastroser@gmail.com)

Así, de pronto, comenzó el ruido. Igualito a cuando le ponemos todo el volumen al televisor para que nos despierte al otro día, pero mezclado con guasca, vallenato, un griterío y algo que parecía el doble pedal de una batería. Con ese sábado en la noche van tres veces que nos toca. A mamá le molesta que le diga que averigüemos al menos a ver dónde es la rumba porque apenas empieza la bulla toda la gente de la cuadra corre a apagar las luces y supongo que a esconderse debajo de la cama como hacemos nosotros. Al otro día de que pasa eso, más o menos a las cuatro de la tarde, es que se empiezan a ver las primeras señoras barriendo en los balcones.

En todo caso, este sábado que pasó mamá pegó un salto cuando empezó el ruido y mientras la abuela la ayudaba a sentarse en la banquita azul de la cocina para que se tranquilizara yo corría con Manuel por toda la casa apagando luces y él se reía. En el baño nos dimos cuenta de que estábamos a un suiche de quedar no solo ciegos sino también acorralados por la oscuridad y por el olor a ambientador de canela que la abuela echa sin misericordia. Soy el hombre de la casa, pensé. Eso es lo que mi mamá viene diciendo últimamente que soy, y es lo que pensé esa noche antes de hundir el suiche y correr hacia lo negro con los ojos muy abiertos y Manuel a caballito, conteniendo la respiración y rastreando detrás de cada esquina la luz de la vela que la abuela suele llevar refundida en el bolsillo de la bata. Soy el hombre de la casa. Llegamos a la cocina y al entrar vi, en el suelo, en medio de un plato con agua, la barrita fucsia de siempre, más pequeña cada vez, alumbrándolo todo.

—Por fin. Pásame el alcohol. Y baje al niño.

La voz de la abuela se alzó por encima del ruido. Mamá tenía un codo apoyado sobre la banquita azul y el resto del cuerpo enrollado alrededor de su barriga: una barriga inflada, redonda y pesada

que llevaba ya bastante creciendo y a la que la abuela llamaba *la responsabilidad*. La sobaba de arriba abajo y de lado a lado y parecía hablarle. Después de unos minutos se puso la mano detrás de la barriga e hizo cara de estarse aguantando el dolor. Un empujón de la abuela me dejó en frente del armario donde se guardan los medicamentos. Le pasé el alcohol a ella y ella a mamá, y mamá sacó la mano de la espalda: primero para hacerme agachar a su lado con Manuel —que ya se había acurrucado junto a ella—, y luego para recibir el frasquito y ponérselo en la nariz. Poco a poco la cocina empezó a oler a hierbas y pude ver a la abuela acucillada en un rincón junto al fogón de petróleo revolviendo y probando un agua. Manuel se tapaba los oídos.

—Julita, si no se le quitan los dolores con esto toca salir a buscar un taxi.

La llamita del fogón se apagó. Vi a la abuela acercarle un pocillo a la boca a mamá, y la vi a ella fruncir los labios y tragar saliva antes de tomar un sorbo. El volumen de la música pareció subir en el momento en que mamá no pudo más y devolvió lo que había tomado. Entre la abuela y yo la pusimos de pie. Los tres empezamos a caminar hacia la puerta y luego no sé cómo se decidió que yo me quedaba con Manuel debajo de la cama de ellas que era la más grande y ellas se iban a la buena de Dios para urgencias.

—No se salgan de ahí y cuide al niño. Y ya no prendan las luces hasta mañana.

La abuela se devolvió al cuarto por las llaves y mamá abrió despacio la puerta mientras se apoyaba en mi hombro. El sábado fue la primera vez que miramos afuera en medio del ruido. Es diciembre y todas las casas —menos la nuestra— tienen luces de navidad. Pero todo estaba a oscuras.

—Mamá, ¿ellos corren a desconectar cada extensión cuando empieza la bulla?

La vi sobarse de nuevo la barriga y pensé que por el ruido era difícil que me escuchara. En eso la abuela regresó, me quitó a mamá y empezaron a caminar escalas abajo.

Cuando las perdí de vista cerré la puerta y desde allí vi a Manuel jugando con la vela. Se humedecía un dedo con saliva y lo pasaba por la llama rápidamente, de un lado a otro. Lo rodeé con un brazo para cargarlo como si fuera un perrito y estiré la otra mano para alzar la vela cuando vi que el agua que la rodeaba estaba sucia de vómito de mamá. Un estruendo, como una explosión, me hizo correr del susto hacia el cuarto aunque fuera en la oscuridad. En la mano sentía el corazón acelerado de Manuel. Lo embutí como pude debajo de la cama y me deslicé tras él. Tan pronto como recosté la cabeza en el suelo lo sentí agarrarse de mi brazo. Sorbía mocos tan fuerte que podía escucharlo por sobre los caracoles de colores de Diomedes Díaz.

Hubo unos minutos después de la explosión en los que solo se escuchó la música. El doble pedal de batería con el que adornaban esas rumbas ya no se escuchaba.

—Manuel, ¿vos qué querés ser cuando seas grande? Yo quiero ser baterista en una banda de rock.

No sé si me escuchó. Era mi intento por calmarlo. Apretada su cara contra mi hombro, no dejaba de llorar. ¿Y yo qué camiseta es que tenía puesta? ¡Jueputa, la de Megadeth! Si hubiera podido escurrir la camiseta como un trapo de cocina habrían salido solo mocos de Manuel. Recogí la mano que tenía libre hasta detrás de mi cabeza para alejar de las lágrimas y los mocos la colita de pelo que con tanto esfuerzo me había dejado crecer estas vacaciones. Empezó a sonar otra vez el doble pedal en las canciones: sin ritmo, a veces muy espaciado y a veces todo de corrido, y en el fondo de la música unas voces distintas a las de las canciones, conversaciones muy muy débiles, sonidos como de radioteléfono que no sabía si hacían parte de la música o no. La abuela seguro lo sabría, pero en veces anteriores fue inútil preguntárselo. Ella en estos casos se pega del rosario y no mira a nadie ni habla con nadie sino con dios.

De un momento para otro estuvimos en silencio. Escuché todavía un rato más sorber mocos a Manuel hasta que despegó su cara de mi hombro y la recostó en el suelo. Creo que suspiramos y nos quedamos dormidos al tiempo.

En la mañana Manuel ya no estaba a mi lado. Salí de debajo de la cama y lo vi acostado y acobijado, babeando las almohadas de mamá. Desde el corredor vi la luz de la mañana entrando a través de las ventanas y en la cocina la vela se había consumido por completo. Me devolví para el baño donde encontré la bacinilla de Manuel llena y el piso chorreado por los lados. Cerca del sanitario aún olía a canela.

Volví a la cocina y reblujé la coca del pan. Tres pandequesos, un paquete de tostadas abierto, dos buñuelos duros. Puse a hervir la aguapanela y me senté en la banquita azul. Desde ese ángulo, casi pegado del piso, podía ver el cielo a través de la ventana de la sala, junto a la puerta principal. Un montón de manchas negras se movían como en remolino.

—¿Tatán, qué es eso?

La voz de Manuel me sobresaltó. Suspiré. Nos acercamos juntos a la ventana.

—Gallinazos.

Él repitió la palabra. Me tomó de la mano arrastrándome hacia la puerta y haciendo el gesto de abrirla, sin poder alcanzar la chapa. Abrí y cuando salimos nos quedamos mirando la nube de gallinazos acercarse de a poquitos. Parecían venir desde la quebrada. Recostados en el balcón, éramos los primeros en toda la cuadra en salir.

Algunos gallinazos empezaron a pasar más cerca de nuestra casa y Manuel les puso nombres. Pepe fue el que más cerca pasó y el que se ganó a mi hermanito ya para el resto de la mañana. Cada gallinazo que se acercaba más de lo normal era Pepe que quería volver a saludar a Manuel.

En nuestros ojos ya acostumbrados al color negro chilló el amarillo del taxi que dejó a la abuela y a mamá en la calle de arriba. Ellas bajaron afanadas hacia la casa y nosotros fuimos a ayudarlas con las cosas que traían. Ambas pálidas y ojerasas, con venitas brotadas en los ojos, descargaron los paquetes para que nosotros los lleváramos.

Manuel quería recibirle todo a mamá, pero hubo un paquete que ella se negó a entregarle: “La responsabilidad”, muy rosado y envuelto en cobijas azules.

Entramos y toda la casa olía a aguapanela.

Solté los paquetes y corrí a apagar el fogón, y sin mirar a nadie boté lo que se había quemado y saqué otra rodaja de panela para ponerla a hacer de nuevo. Cuando por fin decidí voltear a ver qué cara me estaban haciendo no vi a nadie. Todos estaban en el cuarto de la cama grande mirando al bebé, tocándolo, limpiándolo, haciéndole arrumacos. Mamá y la abuela hablaban de la noche que habían pasado. A Manuel y a mí no nos preguntaron cómo había terminado la cosa, y yo tampoco quería hablar de eso.

Me acerqué despacio por detrás de ellas y mi cabeza tapó el bombillo, entonces el bebé hizo un intento por abrir los ojos. Entre los párpados apretados aparecieron dos luces verdes de navidad. Recordé la pregunta de anoche.

—Mamá, ¿la otra gente de la cuadra corre a desconectar cada extensión cuando empieza la bulla?

Mamá volteó a mirarme como sin entender, arrugando las cejas, y luego pareció recordar, volteó los ojos pero sonriendo y me sobó el hombro con la mano.

—Bajan los breques, amor. 📺



